

CUADERNOS

Diciembre 2019 Vol. XXXII nº 1

COPTOS Y NUBIOS ANTE EL ISLAM

Por

Agustín Arteche Gorostegui



COPTOS Y NUBIOS ANTE EL ISLAM

ÍNDICE

A guisa de introducción

Algunas aclaraciones previas

El cristianismo en Egipto y en Nubia

En torno a la conquista de Egipto

Las primeras incursiones en el país de los nubios...

Los reinos nubios y el islam

Abasíes

Tuluníes

Fatimíes

Ayubíes

Mamelucos

Conclusión

Imagen portada: Alfanje-Wikimedia

FUNDACIÓN SUR-Departamento África
Director: Lázaro Bustince Sola.
Redacción y administración: c/ Gaztambide, 31. 28015-Madrid
D.L.: M-13193-1989
ISSN: 1136-0984
<http://www.africafundacion.org> / e-mail: correo@africafundacion.org
Teléfono: 915 497 787.
Declarado de utilidad pública OM.17.10.1995

A GUISA DE INTRODUCCIÓN

El tema de la expansión del islam en África subsahariana ha retenido mi atención en varias ocasiones. La colección “Cuadernos”, de África Fundación Sur, ya ha publicado dos números sobre este tema, centrados particularmente en el Islam del África del Oeste, el que mejor conozco por haber vivido en Burkina Faso durante 20 años. En esa misma colección se publicó recientemente un tercer número sobre el Yihadismo. La República de Sudán, en donde pasé diez años de mi vida, ha suscitado igualmente mi interés, hasta el punto de convertirse en uno de esos retos personales pendientes, que, por razones diversas, siempre venía dejando para mejores ocasiones. Le ha llegado el momento. La verdad es que un tema de esta índole, sin ser tan exigente como puede ser un trabajo de investigación, requiere constancia y tiempo para documentarse convenientemente.

Mi estancia en Sudán comenzó el 17 de septiembre de 1992. Se acercaba el otoño. Mi llegada coincidía con la época del año en la que los escasos y extenuados cúmulos, todavía dispersos en el horizonte, anunciaban el final de la época de lluvias. El calor y la humedad del ambiente me recordaban el mismo calor y humedad de Burkina Faso. Empezaba una aventura, que acabó entusiasmándome.

Mi primer destino provisional fue Fitihave, un modesto barrio de Ondurmán, donde vivía solo en una casa muy modesta un Padre Blanco irlandés, Ciaran Mc Guinness; un hombre cercano a la gente y que contagiaba entusiasmo y alegría a todo el mundo. Con él y sus informaciones hice mis primeras aproximaciones a la situación del país, visitando los barrios periféricos de la ciudad, habitados por exiliados del sur, africanos de color, pobres y excluidos. Eran tiempos de sufrimiento. La guerra civil entre el gobierno del norte, liderado por los Hermanos Musulmanes, y los guerrilleros del sur del país, que luchaban por su independencia, estaba en uno de sus momentos más críticos. Las noticias luctuosas de gente muerta en el campo de batalla eran bastante corrientes.

En Fitihave estuve algo más de dos meses, en espera del permiso oficial que me autorizara a salir de Jartum y llegar a mi primer destino oficial, la localidad de Halfa Yadida, a 600 kilómetros al Este de la capital. En aquella época, moverse en el interior del país resultaba difícil para los extranjeros. Aproveché mi estancia en Ondurmán para conocer a mucha gente y aprender las dos lenguas que necesitaba para comunicarme con la gente, el árabe dialectal de Sudán y el inglés. Una osadía aprender dos lenguas al mismo tiempo y con 55 años. El permiso llegó a finales del mes de noviembre.

El viaje a Halfa Yadida, en un antiguo camión convertido en autobús, me resultó muy incómodo. En línea recta, por el desierto, Halfa Yadida está a 300 kilómetros. Para evitarlo, se requiere caminar primero hacia el Sur, pasando por la ciudad de Wed Medani y la rica región agrícola de al-Yazira, situada entre el Nilo Blanco y el Nilo Azul. De Wed Medani, la ruta coge la dirección del sureste hacia Gedaref, para remontar de nuevo hacia el noreste en dirección de Hachem el Guirba, una localidad cercana a Kassala, que hace frontera con Eritrea. Kassala se encuentra a medio camino entre Jartum y el Mar Rojo. En Hachem el Guirba, –así lo indica el nombre árabe–, existe un pantano, que recoge las aguas del Atbara, el río que alimenta el Proyecto agrícola de la región, en una extensión de 3.000 km² y cuyo centro geográfico es la localidad de Halfa Yadida, mi destino.

Halfa Yadida, (Halfa la Nueva), es la réplica de Wadi Halfa, localidad que se encuentra en la frontera sur de Sudán. Sus habitantes tuvieron que abandonar sus tierras, a causa de la construcción de la presa de Asuán. Fueron recolocados en una localidad que rebautizaron con el

nombre de Halfa Yadida, centro geográfico de un ambicioso proyecto agrícola y azucarero. Halfa Yadida es ahora una próspera localidad de 40.000 habitantes de orígenes diversos, nómadas de origen árabe, gentes del Darfur y negros del sur: dinkas, nuer, shilluk, azande, etc., algunos de ellos cristianos. De Halfa, guardo el buen recuerdo de un apostolado rural muy parecido al de Burkina Faso en cercanía y buena convivencia con todo el mundo, musulmanes, católicos originarios del sur de Sudán y cristianos etíopes y eritreos.

Mi estancia en Halfa Yadida duró algo más de un año. Me pidieron remplazar al P. Yan Geypens, un antiguo compañero belga que trabajaba en Jartum, en el barrio de Hajj Yusif, uno de los numerosos barrios de la periferia de Jartum, habitada por cerca de un millón y medio de habitantes, personas desplazadas, en condiciones de vida francamente inhumanas. Se me hacía muy duro aceptar las constantes afirmaciones públicas, por parte de los dirigentes del país de un Dios “rahman”, en contraste con la realidad crucificada de tantos refugiados y desplazados por la guerra.

La situación actual de las poblaciones del sur, víctimas de un Gobierno islamista intolerante, nos acerca de alguna manera a la penosa situación vivida por nubios y coptos entre los siglos IX y XIV de la historia. El derrumbe del cristianismo nubio tiene muchas y variadas razones. Trataré de analizarlas.

Sudán es hoy día un vasto país, el tercero más extenso de África, con una población cercana a 40 millones de habitantes, la mayoría de los cuales pertenece a la religión musulmana, según proporciones variables, que dependen de regiones y de grupos étnicos. Los hallazgos arqueológicos, sobre todo, de comienzos del siglo pasado, dan cuenta de una historia vieja de 5.000 años, vinculado a la civilización egipcia y también, aunque más recientemente, al cristianismo, representado por los tres reinos nubios de Nobatia, Makuria y Alwa, fue la religión oficial de gran parte de los habitantes de Sudán.

Dos preguntas surgen espontáneamente: ¿Qué pasó para que los nubios, representantes máximos de cristianismo en Sudán, desaparecieran de la escena y se convirtieran al Islam? ¿Por qué, sin embargo, los coptos ortodoxos de Egipto han mantenido su fe, a pesar de haber soportado una persistente dominación islámica de 14 siglos?

Esta es la historia que me gustaría recomponer. Comienza con la invasión de los ejércitos musulmanes en Egipto y continúa con la expansión del Islam entre los nubios y otros pueblos cercanos geográficamente, de los cuales hablaré sólo de paso: los beja, afincados entre el Nilo y el Mar Rojo, los etíopes y los eritreos. La historia que relato termina con la caída definitiva de Dongola, la capital del reino de Makuria a mitad del siglo XIV. Para efectos prácticos, este cuaderno se detiene en el año 1517, cuando el sultán Selim de Turquía puso fin a la dinastía de los mamelucos en Egipto. Acaso encuentre aliento para una segunda parte, que me permita llegar a la historia moderna de Sudán.

En mi tarea de información sobre este tema, me han ayudado varios libros, cuyas referencias señalo rápidamente: Uno de ellos es obra del P. Cuoq, arabista Padre Blanco. Su libro: - *“Recueil des sources arabes concernant l’Afrique occidentale du VIII au XVI siècle (Bilad al sudán)*. Traduction et Notes de Joseph M. Cuoq. Editions du Centre National de la recherche scientifique. Paris 1975 -, es una simple traducción de los relatos árabes sobre la conquista musulmana en África Occidental en las regiones habitadas por los subsaharianos de raza negra, desde el siglo VIII hasta el siglo XVI. Esta obra viene a completar la famosa obra: *«Monumenta Cartographica Africa et Aegypti»*, monumental compilación de textos árabes, obra de Yusuf Kamal y un equipo de investigadores internacionales, entre los que se encontraba F.C. Wieder, bibliotecario de la

universidad de Leiden. Esta obra de compilación, en 5 volúmenes, se terminó de publicar en 1951 bajo los auspicios de la Sociedad Geográfica de Egipto.

Christianity in the Soudan, de Giovanni Vantini - Verona 1981 - es otro de los libros que he utilizado para desarrollar el tema de la progresiva expansión del islam en el valle del Nilo entre los nubios. Este libro es obra del P. Vantini, religioso comboniano, misionero en Sudán y arqueólogo de renombre internacional.

Por último, en referencia a la conquista de Egipto, he utilizado el libro: “Les Fondations de l’Islam, entre écriture et histoire”, de Alfred-Louis de Prémare, profesor emérito de la universidad de Provence (Francia), especialista de la época preislámica y profesor-investigador en el “Institut de Recherches et d’Etudes sur le monde arabe et musulman” (IREMAM) de Aix-en-Provence.

El estudio de la historia primitiva del islam plantea problemas de mucho calado, sobre todo en lo relativo a las fuentes y a su credibilidad. Por ejemplo, contrariamente a lo que muchas veces se ha afirmado, la expansión del islam “manu militari” no comenzó después de la muerte de Mahoma, sino más bien, en vida de Mahoma, poco más o menos tres años antes de su muerte. Los numerosos “magazi” o relatos de las campañas militares de Mahoma en Palestina así lo atestiguan.

El problema que plantean las fuentes es su origen tardío –los primeros relatos se escribieron casi dos siglos después de los hechos–, y la autenticidad de las mismas depende en gran parte de la fiabilidad de los autores que relatan lo ocurrido. Lo que se escribía tenía un marcado carácter apologético. Así dice el profesor Alfred-Louis de Prémare en su libro “Les Fondements de l’Islam”, refiriéndose a las fuentes de origen árabe de aquella época: “Todo el mundo, incluidos los autores musulmanes, están de acuerdo en decir que, a pesar de la precisión de los nombres de los redactores, muchos relatos fueron creados artificialmente en épocas posteriores. Lo hacían sencillamente para justificar la promulgación de nuevas leyes, que trataban de resolver los nuevos problemas sociales, económicos, políticos, religiosos y jurídicos que surgían a medida que crecía la comunidad musulmana en su avance geográfico”.

Los juristas musulmanes trataban de paliar la falta de referencias explícitas en el Corán, con otros relatos (hadadiz), que hacían alusión al comportamiento humano y dichos de Mahoma, transmitidos a través de una cadena (isnad) más o menos larga de testigos. Pero, la cadena de éstos es puramente ficticia. Los mismos musulmanes reconocen que hay muy pocos “hadadiz” dignos de crédito. El aspecto interesante de ellos es el exponente de la mentalidad religiosa de aquella época. Tiene tendencia a sacralizar la historia del pasado.

Existen también otras fuentes de origen no musulmán. Pero, ofrecen las mismas dificultades de interpretación que las fuentes musulmanas. Son de origen siríaco, armenio, copto y griego. Estas fuentes son pocas, pero tienen la ventaja de ser contemporáneas de los hechos a los que se refiere. Además, los monjes que redactaron estas crónicas estaban acostumbrados al ejercicio de relatar la historia de sus propios conventos.

Otro de los problemas es que los cronistas se copian unos a otros, añadiendo circunstancias que sólo podían haber ocurrido siglos más tarde. En todo caso, es bueno tener en mente que muchos de los relatos deben ser aceptados con cierta prudencia y espíritu crítico.

ALGUNAS ACLARACIONES PREVIAS

Necesito hacer algunas aclaraciones previas para entender la palabra Sudán, ubicándola lo mejor posible en la geografía y en el tiempo, atendiendo a algunas cuestiones de tipo cultural y etnológico.

La ubicación geográfica del Sudán, delimitada por sus actuales fronteras políticas con Egipto, Libia, Chad, África Centrafricana, Etiopía, Eritrea y el Mar Rojo al Este, es perfectamente conocida en nuestros días. No lo fue, sin embargo, así en épocas pasadas.

Para los autores musulmanes de la Edad Media, las poblaciones de África Occidental se dividían en cuatro grandes familias: los zanj, los nub, los habasha y los sudaneses, pero les costaba definir las áreas de su existencia geográfica. Según ellos, los “zandj”, en la costa oriental, se extendían desde Mogadiscio hasta Mozambique. Los *nub* o “nubios” ocupaban el Valle del Nilo desde la primera catarata hasta más allá de la confluencia de los dos Nilos, en Jartum. Los *habasha* o etíopes, vecinos de los nubios, eran los habitantes del altiplano de Etiopía. Eran objeto de admiración y reconocimiento por parte de los árabes, a causa de la acogida que prestaron a los musulmanes durante la persecución que sufrieron en la Meca, en los comienzos de la predicación de Mahoma. El Corán y la Sunna los mencionan en varias ocasiones.

La conquista de Egipto y Magreb permitió a los árabes conocer regiones de África, que hasta entonces no entraban dentro de su centro de interés, aquellas regiones que los autores árabes denominaban “bilad el-Sudan”, los pueblos habitados por personas de raza negra. *Bilad al-Sudan* era *terra incognita*. Comprendía todas aquellas regiones que se encontraban más allá del río Nilo, el inhóspito desierto de Libia y del Sahara occidental. Incluso, después de la conquista de todo el Norte de África, la geografía de *bilad es Sudan* se limitaba a nombrar algunos centros importantes: Karkar, Ghana, Kau Kau (Gao), Kuga, Kanem, lugares envueltos en lejanías misteriosas y de muy difícil y peligroso acceso.

Los autores árabes que más contribuyeron al conocimiento de estas regiones peligrosas y de difícil acceso fueron, sin lugar a dudas, los comerciantes. Los beneficios económicos siempre fueron un acicate para superar riesgos y sacrificios. Fueron ellos los primeros y más seguros informadores de los militares y geógrafos árabes de aquella época.

En tiempos más cercanos a los nuestros, los franceses usaron el término Sudán, para designar la parte occidental del continente africano: Senegal, Burkina Faso, Níger, etc... Los ingleses, cuando hablaban de Sudán, se referían, más bien, a la parte oriental, que ellos controlaban en condominio con los egipcios, desde comienzos del siglo XIX hasta el momento de su independencia, el año 1956.

Otro término que necesita aclaración, ya que son los verdaderos protagonistas de esta historia es el de los nubios, población que vivía en los márgenes del Nilo desde la primera catarata, cerca de Asuán, hasta las regiones que iban más allá de Jartum, en la confluencia de los Nilos Blanco y Azul. Los “nubios” eran conocidos por griegos y romanos. El término *nub* viene del egipcio antiguo, que significa oro, posiblemente porque la región donde habitaban los nubios contenía oro. Los coptos descendientes de los antiguos egipcios dieron a los habitantes al sur de Asuán el nombre de “anouba”; nombre que adoptaron también los árabes con la denominación de “an-nuba”. El cristianismo estaba muy arraigado entre coptos y nubios, cuando las tropas musulmanas se apoderaron de Egipto.

En la actualidad, los nubios, son una ínfima parte de los numerosos pueblos que forman parte de Sudán. Su lengua ya no es una lengua hablada. No hay que confundir nubio con nuba. Los nuba son otra etnia diferente, afincada en el sur de Sudán, famosa desde que una fotógrafa alemana, Leni Riefenstahl, se interesó en el estudio de sus costumbres.

EL CRISTIANISMO EN EGIPTO Y EN NUBIA

La presencia del cristianismo en Egipto y Nubia desde los albores del Cristianismo está suficientemente atestada. Que así fuera, se explica sencillamente por su mera proximidad con Palestina: los lazos comerciales existentes entre los pueblos de estas regiones y el ardor misionero, que manifestaron los discípulos de Jesús después de la Resurrección. El libro de Los Hechos de los Apóstoles, escrito a finales del siglo I, relata un acontecimiento muy curioso: el bautismo de un peregrino que volvía de Jerusalén a su tierra. He aquí el relato:

“El ángel del Señor habló a Felipe, diciendo: Levántate y ve hacia el mediodía, por el camino que por el desierto baja a Gaza. Púsose en camino y se encontró con un varón etíope, eunuco, ministro de Candaces, reina de los etíopes, intendente de todos sus tesoros. Había venido a adorar a Jerusalén y se volvía sentado en su coche leyendo al profeta Isaías. Dijo el Espíritu a Felipe: Acércate y llégate a ese coche. Aceleró el paso Felipe; y oyendo que leía el profeta Isaías, le dijo: ¿Entiendes por ventura lo que lees? Él le contestó: ¿Cómo voy a entenderlo si alguno no me guía? Y rogó a Felipe que subiese y se sentase a su lado. El pasaje de la Escritura que iba leyendo era éste: “Como una oveja llevada al matadero y como un cordero ante el que lo trasquila, enmudeció y no abrió su boca. En su humillación le ha sido sustraída la causa judicial; su descendencia ¿quién la contará? Porque su vida ha sido arrebatada de la tierra”.

Preguntó el eunuco a Felipe: Dime, ¿de quién dice eso el profeta? ¿De sí mismo o de otro? Y abriendo Felipe los labios y comenzando por esta Escritura, le anunció a Jesús. Siguiendo su camino, llegaron a donde había agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua; ¿qué impide que sea bautizado? Felipe dijo: si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Mandó parar el coche y bajaron ambos al agua y Felipe le bautizó. En cuanto subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y ya no le vio más el eunuco, que continuó alegre su camino.” (Hechos, 8,26- 39)

La historia, aunque algo larga, nos interesa por varios conceptos. El personaje en cuestión es un peregrino “etíope”, judío o seguidor probablemente del judaísmo, ya que estaba leyendo un texto del profeta Isaías. La presencia de colonias judías instaladas a lo largo del valle del Nilo parece establecida. Se sabe que el texto en cuestión estaba escrito en griego, de lo que se induce que conocía esta lengua. El texto dice además que se trata de un etíope. El término griego “*aithiopia*”, se aplicaba de manera genérica a los habitantes de raza negra, tanto sudaneses como etíopes o miembros de otras razas que vivían más allá del mundo conocido, abisinios o “habasha”. El peregrino era, además, intendente de la reina de Candace, que era el título que se atribuía a las soberanas de la ciudad de Meroe, situada al norte de la cuarta catarata. Podemos decir que este superintendente de la reina de Meroe, fue el primer cristiano sudanés. No sabemos lo que ocurrió en años sucesivos, pero todo parece indicar que, desde muy pronto, el cristianismo echó raíces en Egipto y en el valle del Nilo. Las persecuciones de Decio en el año 250 y de Diocleciano, que se generalizaron por todo el Imperio afectaron también a los egipcios convertidos al cristianismo.

Que la tradición cristiana estaba arraigada en Egipto durante aquella época, está avalada por la existencia de traducciones de los Salmos y de los Evangelios en lengua copta, la lengua que hablaban los faraones. Otros acontecimientos muestran igualmente la importancia social del

cristianismo, que fue reconocido oficialmente por los estamentos públicos. Armenia, en el año 300, fue el primero en hacerlo. En el año 313, el emperador Constantino reconoce el cristianismo como religión del Imperio. Un poco más tarde, a partir de los años 340, los soberanos etíopes del Tigray hicieron algo parecido, al escoger la sede episcopal de Aksum como capital del reino. La verdadera conversión de Etiopía al cristianismo fue obra de monjes sirios, a partir del siglo V, dos siglos antes de producirse la expansión musulmana por el mundo. Tradujeron la Biblia y la liturgia al *geez*, hoy lengua muerta, pero todavía de uso en la liturgia copto-ortodoxa. El cristianismo arraigó así desde muy pronto entre coptos y etíopes, ayudados por la espiritualidad monástica y un clero secular al servicio de la comunidad cristiana, estuviere donde estuviere, lejana o cercana geográficamente, pobre o rica socialmente. Esta manera de actuar sigue siendo hasta hoy la columna vertebral de las comunidades cristianas en ambos países y la que le ha permitido llegar hasta nuestros días, a pesar de las enormes dificultades que han tenido que afrontar.

Un buen conocedor de la espiritualidad copto-ortodoxa, el Padre José Luis Bandrés, misionero Padre Blanco en Etiopía dice lo siguiente: “El monaquismo, la institución más libre y carismática de la Iglesia, sirvió para mantener un mínimo de comunicación en medio del aislamiento, de los antagonismos e ignorancia mutua de las Iglesias. Mientras las escuelas teológicas se lanzaban mutuamente anatemas y las autoridades religiosas excomuniones, los monjes se intercambiaban los escritos de los Padres y las tradiciones monásticas.”

Las disputas teológicas de los siglos V y VI pusieron en entredicho la unidad de los cristianos, divididos entre aquellos que aceptaban el dogma tal como había sido definido en Calcedonia en 451 y los monofisitas. El emperador de Bizancio defendió al principio el Concilio de Calcedonia. La mayoría de los egipcios, llamados también coptos, se adhirieron al monofisismo. Pero, ésta es otra historia, que no entra dentro de mis objetivos. En las regiones del valle del Nilo, tanto de Egipto como de Sudán, el cristianismo estaba fuertemente instalado. Había tres reinos nubios en el valle del Nilo. El primer rey de Nobatia, llamado Silko, y su familia se convirtieron oficialmente al cristianismo monofisita en el año 580. El rey de Makuria, sin embargo, se hizo cristiano, según el credo de Calcedonia, poco más o menos en la misma época. Sobre los soberanos de Alwa, tercer reino nubio, no tengo referencias válidas. (Ver mapa de los reinos nubios. Vantini pag.22)

EN TORNO A LA CONQUISTA DE EGIPTO

La rápida conquista de Egipto por parte de las tropas musulmanas en los albores del nacimiento del islam me ha intrigado desde hace mucho tiempo. Me interesaba saber sobre todo, el cómo y el porqué de esta conquista. Las razones de orden religioso que son las que se alegan habitualmente, no me satisfacen.

La expansión musulmana comenzó en tiempos del profeta, pero su verdadero impulso tuvo lugar en tiempos de los califas Abu Baker y Omar. Casi inmediatamente después de la muerte del profeta, algunas tribus árabes, que habían pactado tratados de paz con Mahoma, empezaron a reivindicar su autonomía. Abu Baker comprendió que, si quería mantener firme aquellas alianzas, había que dar a aquellas tribus un objetivo beneficioso para sus intereses. Lo consiguió, lanzándolos a la guerra con los vecinos más inmediatos. Las circunstancias políticas del momento y el ardor guerrero que mostraron las tropas árabes, les ayudaron en su propósito. En efecto, las dos potencias dominantes de la época, Persia y Bizancio, se encontraban exhaustas, víctimas de su propia rivalidad y deseo de dominación sobre el mundo. La resolución, mostrada en la guerra por las tribus árabes, hizo el resto. Las primeras conquistas islámicas fueron obra de gente de Arabia, de la tribu de Quraish, la tribu a la que pertenecía Mahoma. Su rápido avance por tierras de Siria, Irak y Egipto, no se hizo al azar ni en total desconocimiento del terreno que pisaban.

Arabia no estaba tan aislada del mundo exterior que la rodeaba como se ha dicho. La península arábiga formaba parte importante del sistema de relaciones comerciales existente entre Oriente y Occidente, participando al mismo tiempo de la política de control, que ejercían los dos imperios del momento: el imperio bizantino, que se extendía desde Asia Menor, Siria, Egipto y parte de Europa hasta el Danubio, las islas del Mediterráneo, parte de Italia y algunas costas de África del Norte; y el imperio persa de los Sasánidas, que ocupaba las ricas tierras de Irak hasta Afganistán y el río Oxus. Este control mutuo se ejercía habitualmente con la ayuda de dos tribus árabes que ejercían de muro de contención: la de los lakmíes (los Banu Lahm nestorianos) vasallos de los persas y la de los gasaníes que apoyaban a los bizantinos. A la hora de la verdad, estas dos tribus apoyaron a los árabes en dos importantes batallas. Los gasaníes se unieron a los árabes contra los bizantinos en la batalla de Ajnadain en 634, y los lakmíes abandonaron a los persas en la decisiva batalla de Qadisiyya. A esta razón se añadía también el hecho, comprobado, de la existencia de movimientos migratorios de población del sur hacia el norte, durante esta época.

Tampoco es pura casualidad que el autor de la conquista de Egipto fuera el general Ibn Amr al-As. Este general, el más famoso conquistador de la gesta guerrera patrocinada por los árabes, apodado por sus enemigos, “la espada de Allah”, había comerciado en Siria, Etiopía y Egipto, mucho antes de su adhesión al movimiento religioso-político suscitado por Mahoma. Ibn Amr al-As, sabía lo que representaba, desde el punto de vista económico, apoderarse de Egipto, considerado como el verdadero granero de Bizancio. Según el historiador árabe, Ibn Abd al-Hakam, “Ibn Amr estuvo en Egipto antes de su conversión al islam. Conocía los caminos que allí llevaban y había visto la abundancia allí existente”. La conquista árabe no hizo más que desviar los tributos de un lugar a otro. En este caso, en vez de dirigirse a Constantinopla fueron a Medina.

El itinerario utilizado por los comerciantes de la época hacia Egipto era bien conocido. A grandes rasgos, no ha cambiado todavía: Gaza y la zona costera del norte de la península de Sinaí hasta el puerto de Farama, primera localidad perteneciente a Egipto. La aproximación a estas localidades se realizaba a través de las poblaciones árabes de Rafah y el-Arish. Ese fue el camino que empleó la conquista árabe para penetrar en Egipto. La iniciativa de esta conquista la tuvo Ibn Amr al-As, sin el previo permiso del califa Omar pero, dadas las dificultades encontradas y los beneficios adquiridos, terminó apoyándola.

La conquista musulmana de Egipto se vio favorecida, sin duda, por la situación política y económica de aquella época. Egipto, lo mismo que otras provincias del Imperio bizantino, cayó en manos de los persas entre los años 619 y 630, pero su conquista fue efímera. El emperador bizantino, Heraclius, volvió a conquistarla de nuevo, poco después. Sin embargo, cuando, en 639 llegaron a Egipto las tropas de Ibn Amr al-As, el país estaba completamente desorganizado y víctima de rivalidades religiosas y políticas. El gobernador bizantino, era el patriarca de Alejandría, que había sido puesto en el cargo por los bizantinos. Esto fue un error político, ya que los bizantinos adherían al credo del Concilio de Calcedonia, mientras que la Iglesia copta era monofisita, en su mayoría. Estos antagonismos, aunque no fueron decisivos, no dejaron de tener su influencia en el resultado final de la guerra.

La conquista de Egipto fue rápida, pero no tan fácil como se ha dicho en muchas ocasiones. Fue el resultado de sucesivas y arduas batallas militares, llevadas a cabo por militares prestigiosos. Uno de ellos, además del ya mencionado Ibn Amr al-As, fue Zubayr Ibn al-Awwam, primo de Mahoma por parte de madre.

El modo de la conquista de Egipto fue el resultado de una alternancia de combates, adhesiones y rendiciones pactadas en las que el conquistador imponía sus condiciones a los vencidos. La

primera rendición de Alejandría tuvo lugar en 642. Pero, en 645, a la muerte del califa Omar, los bizantinos conquistaron algunas localidades del Delta, incluida la ciudad de Alejandría, pero, un año más tarde, Ibn Amr al-As consiguió vencerles y expulsarles definitivamente del lugar.

El tratamiento que recibían los pueblos vencidos por las tropas árabes dependía de la manera en que se había efectuado la victoria: por la fuerza de las armas o en base a acuerdos de paz. La salvaguarda de los bienes y de las personas, el mantenimiento de los habitantes en sus tierras o la expulsión de las mismas, las cantidades a pagar al fisco, etc., dependían del modo en que habían transcurrido las hostilidades. Este tema era importante tanto para los vencedores como para los vencidos. Parece ser que en Egipto se planteó la cosa en términos beneficiosos para los coptos, antiguos poseedores de las tierras del delta y del valle del Nilo. Pero, las cosas no parecen ser claras. Hay varias versiones al respecto.

Según Tabari, un escritor árabe del siglo IX, los términos del pacto concluido con los habitantes de Egipto, compuesto de coptos, griegos y nubios fue éste:

“Cuando Amr ajustó cuentas con los árabes en Ain es Shams, los amos del país eran los coptos, los nubios y los “griegos”. Al terminar la conquista, estableció con ellos la paz y propuso un tratado según el cual no molestarían ni serían molestados...

En nombre de Dios, Misericordioso y compasivo. Este es el acuerdo que hizo Amr b. al-As con el pueblo egipcio, como prenda de seguridad para sus vidas y las de los miembros de su comunidad, sus propiedades, sus iglesias, sus cruces, su tierra y su mar...

Los nubios no se quedarán entre ellos. Los habitantes de Egipto pagarán la gizya, el impuesto de capitación (impuesto a los que no son musulmanes), en caso de aceptar el tratado. Aquellos griegos y nubios que acepten este convenio serán tratados de la misma manera que los egipcios. Pero aquel que rehúse o desee marcharse, podrá hacerlo con toda seguridad hasta que llegue a la frontera o hasta donde se extiende nuestra jurisdicción. Pagarán como todos los demás, una novena parte y un tercio de la cosecha de dátiles... Los nubios que acepten este tratado contribuirán con cierto número de esclavos, caballos, a condición además de que se comprometan a no realizar razias ni impedir a los comerciantes entrar o salir de su país.”

En cambio, las fuentes coptas hablan más bien de un pacto (baqt) con los árabes, que consistía en la paga de una tasa de capitación o *qatí'a*.

Al Baladuri, otro escritor árabe del siglo IX, presta a Urwa Ibn al-Zubayr, uno de los generales que habían participado en la conquista de Egipto, el siguiente propósito: *“He residido en Egipto y me he casado allí. He visto a sus habitantes exhaustos, porque se les exigía más de lo que podían dar”*.

Las fuentes coptas son las que cuentan el lado más dramático de la situación. Un monje, Juan Nikiu, cuya crónica, escrita en copto alrededor del año 650, habla de la ciudad de Bahnasa, defendida por coptos y bizantinos y dice que, cuando los árabes la conquistaron, mataron a todo el mundo: *“no perdonaron ni a viejos ni a mujeres ni a niños...”*

Este mismo Juan de Nikiu describe la conquista de la ciudad fortificada de Babilonia, por parte de los árabes, a los que llama ismaelitas, es decir descendientes de Ismael, hijo de Abraham: *“Amr ibn al-As hizo construir un puente para impedir la entrada de los barcos bizantinos en la ciudad y facilitar el tránsito de sus tropas de una orilla a otra”*. Cuando consiguió entrar en la ciudad *“hizo detener a los magistrados romanos, les encadenó de manos y pies, extorsionó cuanto pudo, dobló el impuesto de los labradores y realizó numerosos actos de violencia. La noticia sembró el*

pánico en todas las demás ciudades y la gente vino a refugiarse a Alejandría, abandonando todo lo que tenían...”.

Juan de Nikiu añade que Amr ibn al-As mantuvo en su puesto de jefe de finanzas a un magistrado bizantino, conocido por su falta de compasión a la hora de exigir el impuesto. Necesitaba dinero para llevar a cabo la conquista de Nubia y de África del Norte.

Una de las cosas que llama la atención es la manipulación del sentido de la conquista musulmana. Siempre se ha considerado que la fe que movía a los primeros creyentes musulmanes a expandir su fe, era motivo suficiente para justificar la invasión y el sufrimiento impuesto a poblaciones que nunca habían ofendido al islam. Esta victoriosa conquista musulmana se convirtió en un argumento apologético de la veracidad del islam siglos más tarde. Un autor árabe del siglo XII, Ibn Asakir, meditando sobre la conquista de la ciudad de Alejandría enfrenta a Ibn Amr al-As con Cyrus, patriarca y gobernador de la ciudad, en una conversación ficticia, que no deja de ser verdadera en su sutileza; dice lo siguiente:

“Yo, Ibn Amr al-As, general del ejército musulmán llegué a Alejandría y pedí una persona con la que entrevistarme. A la cita establecida, fui con un intérprete a un lugar determinado. Mi interlocutor me preguntó: ¿Quiénes sois? Yo le dije: Somos los árabes, gentes que vivimos entre espinos y acacias, gentes de la casa de Allah. Éramos el pueblo menos favorecido. No teníamos tierras de cultivo. Comíamos carne sin sangrar, nos atacábamos mutuamente. Vivíamos una vida de lo más miserable. Pero surgió un hombre, ni más rico ni pobre que los demás, que decía: Soy el enviado de Dios. Nos ordenó cosas que no conocíamos, y nos prohibió pecados que solíamos cometer. Al principio, lo tratamos de impostor y con desprecio. Contradijimos sus palabras. Pero otros creyeron en él diciendo: creemos en ti y en lo que dices. Te seguiremos y combatiremos a tus opositores. Nosotros nos opusimos a él, pero él ganó la batalla, venciendo a todos los árabes... Entonces mi interlocutor se echó a reír y dijo: vuestro profeta decía la verdad, lo mismo que los profetas anteriores a él. Pero los reyes siguieron sus pasiones, dejando de lado las advertencias de los profetas. Tú has seguido, parece ser, las leyes de los profetas. Pero, aquí nadie os combate y vosotros nos combatís; nadie os roba y vosotros pilláis todo lo que tenemos. Con lo cual, estáis abandonando la ley de vuestro profeta y actuáis como actuaron nuestros reyes, siguiendo sus pasiones. Éste asunto que nos concierne hoy, no depende sino de nuestras propias fuerzas.” (Citado por el profesor De Prémare. Obra citada)

Según este texto, el argumento religioso basado en la predicación de los profetas no es válido. La guerra no tiene justificación. Pero, la realidad es amarga y da la razón al más fuerte. Como era de esperar, este argumento no gustó nada a Amr Ibn al- As, conquistador de Egipto.

Fueran los que fuesen los acuerdos entre los conquistadores árabes y los coptos, la realidad es que estos últimos fueron sometidos a imposiciones fiscales cada vez más pesadas. Qurra Ibn Sharik, gobernador omeya entre 709 y 714 impuso la “yizya”, incluso a los coptos convertidos al islam. Estas múltiples cargas fiscales acrecentaron el éxodo de los agricultores hacia las ciudades. El control fiscal que impuso este gobernador fue mayor que el impuesto tasado antaño por los bizantinos. Los coptos no tardaron en constatar que no habían ganado nada con el cambio de poder a manos de los árabes. Su primera gran revuelta estalló en los años 725-726. La conquista alabada por los vencedores fue denostada por los vencidos.

LAS PRIMERAS INCURSIONES EN EL PAIS DE LOS NUBIOS...

Esta pequeña introducción sobre la conquista de Egipto sirve de preámbulo a la conquista de las regiones habitadas por los nubios, de los que ya tenemos noticia y que estaban afincados en el valle del Nilo, desde Asuán hasta las regiones en la confluencia de los dos Nilos.

Poco después de la conquista de Egipto, la vanguardia del ejército árabe se presentó en Asuán, en aquella época frontera de Egipto con el reino de Nobatía. Sus tierras fértiles concitaron los deseos de las huestes árabes. La fertilidad de sus tierras está atestada por el escritor árabe al Mas'udi: *“Sus tierras producen palmeras, viñas, sorgo, plátanos y trigo. Son tierras parecidas a las de Yemen. En ellas crecen limones que igualan a los mejores producidos en tierras de islam”*.

Se conservan dos crónicas de las campañas que llevaron a cabo los árabes en aquellas tierras, que los cronistas no delimitan de manera precisa. Según ellos, las batallas tuvieron lugar en la llanura, cerca de Dongola: una, en 641, durante el gobierno de Amru Ibn al As y otra, en 652, bajo el gobierno de Abdalla ben Saad. Así dice al-Baladuri:

“Cuando los musulmanes conquistaron Egipto, Amru ibn al-As envió un destacamento de caballería bajo las órdenes de Uqba ben Nafi, a los pueblos vecinos, con vistas a dominarlos y pillarlos. La caballería entró en la tierra de Nubia, como los hacían los griegos, es decir, en verano. Pero los musulmanes encontraron una feroz resistencia. Fueron sometidos a tal lluvia de flechas que muchos de ellos quedaron heridos y ciegos. En efecto los nubios llevan el nombre de “ramat al hadaq”, es decir, lanzadores de pupilas. Esta situación duró durante el reinado de Abdallah b. Saad. Los nubios pidieron a Abdalla un tratado de paz y de conciliación. Este aceptó su petición. Los términos del pacto fueron que no pagaran la yizya, pero tendrían que ofrecer a modo de presente, trescientos esclavos al año, y que los musulmanes, a su vez, ofrecerían comida según el valor de los esclavos.

El mismo autor, al-Baladuri, concuerda con otros cronistas, como Waqidi, Ibn Abd al-Hakim, Yaqubi y Tabari, contando una historia del mismo género:

“Durante el califato de Omar, estuve en Nubia en dos ocasiones. En ningún lugar fui testigo de tanta destreza para la guerra como allí. Uno me preguntó: -¿dime dónde quieres que ponga la flecha?- En tal lugar, le decía yo, de manera desdeñosa. Pero, el nubio nunca fallaba. Les gustaba el manejo del arco; jamás sus flechas se perdían en el suelo. En cierta ocasión quisimos entablar la lucha con la espada, pero ellos rápidamente nos enviaban flechas a los ojos. Los que perdieron los ojos fueron 150. Lo mejor que podíamos hacer con aquel pueblo era hacer un tratado de paz (sulh). El botín que podíamos obtener de ellos era pequeño y su destreza para herirnos grande. Amru, sin embargo, rehusó hacer la paz con ellos y continuó a luchar con ellos hasta que fue sustituido por Abdalla ben Saad, que concluyó con ellos un tratado de paz”.

La campaña de 652 parece ser que tuvo lugar también en Dongola. No tuvo ni vencedores ni vencidos. La batalla terminó con un tratado (hudna) que se consolidó más tarde con un tratado de paz (sulh), ratificado por el califa Uthman. El relato más cercano a los hechos nos llega a través de Abd al-Hakam, en 871. Estos fueron los términos del acuerdo establecido:

“Hicimos con vosotros una alianza (ahd) y firmamos un acuerdo, estipulando que nos daríais 360 esclavos cada año, tendríais que permitir la entrar en nuestro país como transeúntes, pero no para estableceros y viceversa. Si matáis a un musulmán, el pacto se rompe, lo mismo que si dais cobijo al esclavo de un musulmán. Tenéis que devolver a los fugitivos y los dhimmi (judíos y cristianos) que se han refugiado en vuestro país...”

En contrapartida los musulmanes dieron a los nubios una cantidad determinada de trigo, textiles, caballos. El texto de este pacto (baqt) según al-Maqrizi combina varios textos. Dice así:

“Este es el pacto establecido entre el Emir Abdalla b. Saad ben Abi Sarh con el jefe de los nubios y el pueblo de su reino. Es una convención que concierne a todos los nubios, grandes y pequeños; se extiende, desde la frontera de Asuán hasta la frontera de Alwa. Abdalla b. Saad les dio seguridad con una tregua, válida para ellos y los musulmanes del Alto Egipto, así como para los demás musulmanes y “dhimmi”. Vosotros, nubios, tendréis la seguridad, garantizada por Dios y su profeta Mohammed. No os haremos la guerra mientras cumpláis las condiciones estipuladas entre vosotros y nosotros. Podéis estar de tránsito en nuestra tierra, pero no para estableceros en él. Protegeréis a los musulmanes y aquellos que se encuentran bajo nuestra protección, tanto si se establece en él como si lo atraviesa mientras permanece en vuestro país. Entregaréis a todo esclavo fugitivo, cuyo dueño sea musulmán; y también a aquellos musulmanes que hacen la guerra a otros musulmanes. Lo conduciréis hasta la frontera y lo entregaréis en zona musulmana, sin tener en cuenta vuestra amistad o enemistad con él. Tomaréis cuidado de la mezquita construida por musulmanes en vuestro país; no impediréis a nadie que haga su oración, la visite o viva cerca de la mezquita, hasta que se marche. Debéis respetarla y tenerla limpia y con lámparas. Cada año entregaréis 360 hombres, al imán de los musulmanes. Deben ser escogidos entre los esclavos de vuestro país, adultos sin defecto físico, hombres y mujeres, excluyendo personas mayores, hombres como mujeres, o niños de pecho; los entregaréis al wali de Aswan. Los musulmanes no conducirán a ningún atacante fuera del país; tampoco les impedirán que os ataquen dentro del territorio que va desde la frontera de Alwa hasta el territorio de Aswan. Si acogéis o matáis al algún esclavo que pertenece a musulmanes, o matáis a un musulmán o bien permitís que se hagan desperfectos en la mezquita construida en vuestro territorio o retenéis parte de los 360 hombres estipulados, el tratado o la tregua acordada será nula y dirimiremos la diferencia, dejándola en manos de Dios. En este caso cogeremos como testigo de nuestra parte a Dios y a su promesa (mithaq), su dhimma o protección y la de su enviado; por vuestra parte tomaréis como testigos en vuestro favor lo más amado de vuestra religión, la protección del Mesías, los Apóstoles y aquellos que más respetáis y veneráis en vuestra religión o en vuestra comunidad. Dios sea testigo entre vosotros y nosotros. Escrito por Umar b. Sharhabil en el Ramadán del año 31 de la Hégira (652)

Esto muestra que, aunque en un primer tiempo, el pacto no era una cesión de derechos por parte de los nubios, las obligaciones de los nubios hacia los musulmanes son más considerables que la de los musulmanes. Parece una especie de reconocimiento de la superioridad del islam, camuflada en una especie de pacto mutuo de no agresión y garantías de protección mutua para mantener protegidas las fronteras y permitir el libre tránsito de viajeros y comerciantes. Es interesante notar que el pacto se hace en nombre de Dios y de lo más venerado de las religiones respectivas. Las expresiones recuerdan los pactos que el mismo Mahoma realizó con las tribus beduinas de Arabia, aunque, en este caso, no se pide sumisión al profeta Mahoma.

Según Yaqubi, ibn Hawqal y Abu Saleh, este acuerdo se suscribió en Qasr, cerca de la isla de Philae y de la primera catarata (ver mapa de la página 69), importante centro comercial de aquella época, en la misma frontera con el reino de Nobatia. En este lugar, según Selim al Aswani, había una Iglesia y un arco para simbolizar el portal de entrada de Nubia, un simbolismo en este caso real, ya que estos primeros pactos entre musulmanes y nubios fueron el preámbulo del desarrollo progresivo del islam en Nubia.

LOS REINOS NUBIOS Y EL ISLAM

La rivalidad entre los reinos de Nobatia y Makuria era de tipo religioso. Estaba basada sobre todo en el hecho de que aquellos adherían al credo de la iglesia bizantina griega y vivían en buena armonía con el poder musulmán, y los de Makuria, que pertenecían a la iglesia copto ortodoxa de fe monofisita, estaban en malos términos con el poder de los Omeyyas.

- ABASÍES

La historia ha retenido un relato curioso. Después del derrocamiento de la dinastía de los Omeyyas, por parte de los Abasíes en el año 750, parte de los supervivientes se escaparon a Córdoba. En cuanto a Marwan, el último califa omeyya, vino a refugiarse a Egipto, en donde murió, víctima de una mala batalla. Sus dos hijos, Abdalla y Ubaydalla con algunos miembros de la familia, cogieron el camino de Nubia con la esperanza de encontrar allí un lugar desde donde organizar la lucha en contra de los Abasíes. Enviaron mensajeros al rey de Nubia, probablemente el rey Cyriacus de Dongola, pidiendo permiso para instalarse en su territorio. Pero la petición no tuvo el éxito esperado. El rey, después de escuchar su petición, criticó severamente la conducta licenciosa de los omeyyas y después les conminó a salir de su territorio en el espacio de tres días.

Las relaciones entre Dongola y Egipto durante el califato de los Abasíes no siempre fueron buenas por motivos en general ligados a los pactos acordados en épocas anteriores de los nubios con los representantes del poder en Egipto. Durante el califato de al-Mahdi (775-785) se revisó incluso el pacto anual con otro cada tres años para hacer más fácil el pago de las cantidades estipuladas. Durante los califatos de Harun al-Rachid (786-809) y de su hijo al-Mamun (813-833) las relaciones mejoraron. A la muerte de Harun al-Rachid hubo una lucha dinástica entre sus hijos, al-Amin y al Mamun, que impidió el comercio entre nubios y egipcios y favoreció el impago del tributo. Las razzias de los nubios en el país vecino se multiplicaron.

Durante el reinado del califa Mutawakkil, en el año 855, se reseña una aventura protagonizada por un tal al-Omari (Abu Abdel Rahan Abdalla Abdel Hamid al-Omari), fervoroso creyente musulmán. Oyó hablar de las minas de oro en territorio de los Beja y de los Blemmis, dos tribus hermanas que habitaban entre el Nilo y el Mar Rojo, y se interesó en conocerlas. Los Beja y los Blemmis habían establecido con los árabes tratados muy parecidos al acordado con los nubios. Sin embargo, más vulnerables que éstos y peor organizados, fueron víctimas de sus invasiones y de sus políticas matrimoniales. Omari, estaba interesado por el oro existente en el país, pero deseaba también propagar el islam. Al Omari se aventuró en el país de los nubios y los beja. Tuvo que hacerlo recurriendo durante siete años a guerras absurdas, que disgustaron a los nubios, deseosos de paz y orgullosos de su identidad política y religiosa. La aventura de al Omari tuvo aparentemente pocas repercusiones en el avance del Islam en tierra nubia.

- TULUNÍES

Terminados los años inciertos, marcados por las guerras protagonizadas por al Omari, vinieron años de paz, favorecidos por una semiindependiente nueva dinastía, la de los tuluníes. La inició Ibn Tulun, un turco, conocido por su apertura de espíritu, su tolerancia y su buen gobierno. Durante toda esta época (868-905), las relaciones con los nubios fueron excelentes, hasta el punto que un número creciente de nubios se enrolaron en el ejército para remplazar a las poco fiables tropas árabes. Un documento lo describe así: "Ibn Tulun tenía en sus tropas gentes de diferentes orígenes: nubios, turcos, coptos y cristianos, confinados en sus respectivas "qatias".

Los de raza negra, nubios probablemente, llamaban la atención por su atuendo y su número: “Eran mil y vestían petos de hierro, forjados artísticamente; llevaban uniformes y turbantes de color negro. Parecían una ola negra avanzando en la escena...”

Aunque no haya constancia de ello, acaso porque no era una cuestión importante para ellos, es fácil suponer que el proceso de arabización e islamización de Egipto, a dos siglos de la primera conquista, comenzaba a ser importante y favorecía, sin duda, el trasvase de nubios y coptos a la religión musulmana.

- FATIMÍES

En 969, se hicieron con el poder los fatimíes (969-1171), rama chií (que se considera a sí misma legítima descendiente de Mahoma). Lo hizo, en nombre del califa, al-Mu'izz, el general Jawhar al Siqulli. Fundó la ciudad de El Cairo y la declaró capital del imperio fatimida. Fue este general el que creó la famosa universidad de el Azhar.

Tan pronto como los fatimíes se establecieron en el poder, Jawhar al-Siqulli envió recados al rey de Nubia, Kirki II, por medio de un convencido seguidor de la doctrina ismaelí o fatimí, un tal Selim al-Aswani, originario, como su nombre lo indica, de Asuán y conocedor probablemente de alguno de los dialectos nubios. Éste dejó una interesante descripción de su viaje a Nubia y de sus encuentros con el soberano Kirki II. Las razones de aquella embajada son comprensibles: asentar el poder fatimí en Egipto, buscar apoyos militares complementarios a los de origen árabe y conquistar definitivamente Damasco, sede del imperio abasida.

El viaje y la figura de Al-Aswani recuerdan a Ibn Batuta, otro viajero famoso, del que ya he hablado en varias ocasiones. Lo menciono de paso, tratando al mismo tiempo de resumir las observaciones que hace el Aswani durante su viaje y que más interesan para mi propósito de mostrar la situación religiosa y política de aquel momento:

1. En las regiones de al-Qasr y de la segunda catarata había muchos nubios que habían abrazado la religión musulmana, pero que no conocían el árabe.
2. Para llegar al país, había que atravesar la región de los maks, donde se encontraba un punto de aduana muy severo para todo el mundo. Los transgresores eran pasibles de muerte. El lugar preciso se encontraba en algún lugar del reino de Muqurra, pero se trataba de mantenerlo secreto.
3. Más allá de esta región de los maks, las transacciones se hacían por trueque, intercambiando esclavos, ganado, camellos, instrumentos de hierro y grano.
4. Al norte de Wadi Halfa había más viñas y rebaños que en el sur de aquella región.
5. Los principales centros de la región era Bujaras (Faras), Ibrim y el puerto de Adwa.
6. El que desea entrar en Nubia, tiene que obtener previamente el permiso del eparca del lugar, el Señor de la Montaña, y ofrecerle un regalo a él o al rey.
7. Todo el que desea tener una audiencia con el rey necesita un permiso especial.

8. Más al sur se entra en el distrito de Saqluda, cuyos gobernadores eran nombrados por el rey de Dongola.
9. Al-Aswani no describe la capital de Dongola, pero dice que en sus alrededores había numerosos pueblos, con hermosas construcciones, iglesias y monasterios, viñas, jardines, campos de cultivo y de pasto.

Se deduce de estas observaciones que Dongola era una región económicamente próspera, fiel al cristianismo y bien protegida militarmente. Sin embargo, el islam se introducía poco a poco a través de mercaderes y visitantes. Lo muestra un detalle de la estancia de Aswani en Dongola, capital del reino de Muqurra. Su permanencia en Dongola, coincidió con la fiesta del *ʿaid el adha*, la fiesta del cordero. Para celebrarla, Aswani se llevó fuera de la ciudad a sesenta musulmanes para rezar y celebrar la fiesta, juntos. Fueron en procesión, encabezada por dos estandartes con el nombre del imán al-Muʿizz. El toque del tambor daba solemnidad al acto. El acto no tuvo probablemente mayores repercusiones sociales, pero, después de haber presenciado en Burkina Faso procesiones del mismo género, no tengo dificultad en considerar la amplitud simbólica y significativa del gesto.

Durante la estancia de Aswani en Dongola, se menciona una conversación de éste con uno de los consejeros del rey, oriundo de una región al oeste del reino de Muqurra, cuya lejanía estaba calculada en tres meses de distancia. Se trataba posiblemente de la región de Darfur. Este consejero se afirmaba creyente en un Dios único, pero que jamás había oído hablar de Moisés ni de Jesús ni de Mahoma. Este detalle muestra hasta dónde se extendía la influencia de los reinos nubios, pero también la importancia que se atribuía a otras creencias, aunque fueran diferentes de las religiones preponderantes del momento.

Durante la época de los fatimíes, el número de nubios en el ejército alcanzó unos 50.000 hombres, cifra acaso exagerada (en tiempos del imán al-Muntasir). Según las crónicas, la madre de al Muntasir, que era una antigua sirvienta negra, tenía a su servicio 5.000 nubios, sin contar otros muchos más, procedentes del Magreb, Europa y Etiopía. Muchos de los nubios que se enrolaron en el ejército de los fatimíes y los acompañantes nubios que se instalaron en Egipto en busca de trabajo se convirtieron al islam, en su forma disidente, el chiísmo; fueron ellos los que más fanáticamente defendieron el poder de los fatimíes hasta el momento de su caída en tiempos de Saladino.

Las crónicas de Aswani señalan que entre los años 870 y 970 había musulmanes establecidos en Soba, a pocos kilómetros de Jartum. Soba es un conocido lugar de investigación de muchas expediciones arqueológicas. El interés de Soba estriba en que, desde tiempos inmemoriales, ha sido importante “hábitat” tanto de personas como de animales.

Aswani habla también de la existencia de otras razas en la región del Yazira: *“Más allá de la región de Alwa hay gentes de raza negra que marchan desnudos y no tienen religión revelada...”, “sus reyes pueden reducirlos a esclavitud por cualquier motivo, y sus súbditos no se oponen a ello...” se prosternan delante de ellos... y no se rebelan contra ellos, aunque lo que hagan sea injusto, y gritan “viva el Rey y que sus órdenes sean ejecutadas”.*

Habla también de algunas costumbres paganas: la creencia en los *jins* – *junun* en plural– (espíritus) y en el poder de los adivinos y brujos, que pueden provocar la lluvia y proporcionar buenas cosechas...”

Su conocimiento de la región de al-Yazira es superficial. En aquella época, dado el conocimiento limitado de la geografía del lugar, se creía que toda la región formaba parte de una isla. Así lo indica el nombre de al-Yazira, que en árabe significa: isla. Al Aswani no viajó al sur del país, pero sus referencias son exactas, cuando habla del modo de vida de sus habitantes: “Alguien me contó que algunos reyes de Alwa decidieron visitar la parte más meridional de al-Yazira, pero no lo consiguieron. Dicen que en la parte más extrema de la región hay una raza, que durante el día vive con sus rebaños en casas como tumbas bajo la superficie del suelo, a causa del calor excesivo y sale de noche... Entre ellos se encuentran gente que va desnuda...” Los tiempos han evolucionado, pero no hace mucho todavía, las gentes dedicadas al pastoreo, convivían con los animales en condiciones algo similares.

Al-Aswani quiso saber más sobre los afluentes tributarios del Nilo Azul, pero no lo consiguió. Le llamaba la atención que la crecida del Nilo se efectuara poco más o menos a la misma época que en Egipto.

- AYUBÍES

La llegada al poder de Saladino puso fin no sólo a la dinastía de los fatimíes sino también a la influencia que ejercían los nubios en la política de Egipto. Una de las consecuencias de este cambio fue el progresivo retroceso de la religión cristiana en Nubia. La causa mayor de este retroceso puede atribuirse tanto a razones de orden político como religioso. La caída de la influencia política provocó la de la religiosa.

El detonante de este retroceso fue la sicosis de miedo que produjeron las cruzadas en todo el ámbito del mundo islámico. El año 1163, cuando los cruzados renovaban sus ataques a Egipto, Nureddin, el rey de Mosul, envió uno de sus contingentes kurdos, a Egipto en socorro del califa fatimí, al Addid. En el contingente kurdo, se encontraba Salah ad Din ben Yusuf ben Ayyub, conocido por Saladino, que a la sazón tenía 20 años. Seis años después, a la muerte de su tío, Shirkuh, comandante del ejército kurdo, el califa Addid nombró a Saladino, visir de Egipto, dándole el título de “Malik an Nasir” (rey victorioso).

La popularidad de Saladino creció con las victorias que obtuvo en su lucha contra los cruzados en Damietta, Gaza, Eilat y otras plazas fuertes. Un día decidió cambiar la mención del soberano fatimí durante la predicación del viernes 11 de septiembre de 1171 por la del califa abasí sin que hubiera reacciones aparentes por parte del pueblo. Saladino se aprovechó de su situación privilegiada para derrocar al monarca fatimí, que él consideraba representante de una dinastía cismática.

Con los nubios, que apoyaban cuerpo y alma a los fatimíes, las relaciones degeneraron poco a poco, sobre todo cuando Saladino descubrió una carta del comisario de palacio dirigida a los cruzados en la que proponían traicionarle en la batalla. Este comisario era de origen nubio. Saladino le tendió a su vez una trampa, consiguiendo darle muerte. Los nubios, que eran muy numerosos en el ejército, exasperados por este asesinato, plantaron batalla a los soldados kurdos, pero fueron masacrados totalmente por los kurdos en la capital y sus alrededores. Esta derrota fue el comienzo de las sucesivas desventuras de los nubios y de la pérdida de su influencia en Egipto primero, y en Nubia, después.

Poco tiempo después, no se sabe exactamente por qué razones, Saladino organizó una expedición punitiva contra el rey nubio de Dongola. Algunos piensan que era una venganza contra los nubios por su apoyo a la dinastía fatimí o, acaso, empujado por el deseo de afianzar allí

su propio poder. El caso es que Saladino envió a su hermano, Shams ad Daula Turan Shah, al frente de un poderoso ejército a conquistar Nubia. La batalla tuvo lugar en Ibrim, ciudad amurallada sita sobre una alta colina. Abu Saleh, un escritor contemporáneo de los hechos, describe así la caída de esta ciudad:

“En la ciudad había provisiones, municiones y armas en número suficiente. Pero las tropas de Shams al-Daula avanzaron con firmeza. Cuando los vencieron, abandonaron la ciudad en ruinas. Hicieron prisioneros a sus habitantes. Se dice que los nubios eran 700.000 –cifra exagerada probablemente– entre hombres, mujeres y niños. Encontraron 700 cerdos en el lugar. Shams ad Daula ordenó que se destruyera la cruz de la cúpula de la iglesia y que el almuédano proclamara desde ella la llamada a la oración. Sus tropas pillaron todo y mataron a los cerdos. Al obispo que encontraron en la ciudad lo torturaron... luego lo dejaron como prisionero en la ciudad... Shams al-Daula, dejó la ciudad con un contingente de caballería, y abundantes provisiones, armas y herramientas... El algodón que encontraron en la ciudad lo llevaron a Qos en donde lo vendieron a buen precio”.

Las tropas ayubíes permanecieron cierto tiempo en la región masacrando, robando y pillando todo lo que podían. Pero, un día mientras se bañaban en el río, al otro lado de Faras, varios militares de alto rango, perecieron ahogados en las aguas del Nilo. Este acontecimiento luctuoso les impulsó a recoger los bártulos y volver a Egipto.

Después de estos acontecimientos, los ayubíes dejaron de interesarse por los reinos nubios durante un largo período de tiempo. Los nubios no se recuperaron jamás de esta situación. Una de sus consecuencias más importantes fue que Nubia quedó cortada para siempre del Mediterráneo y de todo lo que este ámbito cultural, económico, político y religioso representaba para los nubios. El sultán al Malik al Kamil (1218-1238), conocido por su encuentro con san Francisco de Asís, por ejemplo, impidió a un obispo nubio, ordenado por el patriarca copto de Egipto, abandonar este país y llegar a Nubia, para ejercer allí su ministerio.

- MAMELUCOS

El verdadero colapso de los nubios cristianos se produjo a finales del siglo XIII y comienzos del XIV. Fue cosa de unos cincuenta años. Se produjo durante la época de los mamelucos y en tiempos del rey Dawud de Nubia, debido a divisiones internas, que llevaron a los nubios a la pérdida progresiva del poder.

Como se sabe, en 1260, un golpe de estado llevó al poder a un antiguo esclavo (mamluk en árabe) llamado Al Malik az Zahir Rukneddin Baybars, que se había distinguido en las artes marciales. Durante su reinado las relaciones entre Nubia y Egipto empeoraron cada vez más. Los egipcios seguían con el temor de la ayuda que los nubios podían prestar a los cruzados.

Las relaciones con Egipto se deterioraron mucho entre el rey Dawud y el sultán Baybars. Los conflictos entre ambos bandos se sucedieron rápidamente. En 1264, la delegación que fue a pagar el impuesto se convirtió al islam. En 1265, el wali de Qos emprendió una expedición contra Nubia. En 1272, el rey nubio atacó la ciudad de Aidhab y se llevó cautivos a Dongola a muchos musulmanes para construir una iglesia en recuerdo de la victoria. En 1275, el rey en persona dirigió un ataque a la localidad de Aswan.

Por otra parte, las disensiones entre el rey Dawud y su primo Shekanda llevaron a los mamelucos a tomar cartas en el asunto. La expedición, compuesta de 300 jinetes, tropas de infantería y

auxiliares beduinos montados sobre camellos, después de una primera victoria, cerca de la localidad de Wadi Halfa, llegó a Dongola el 31 de marzo de 1276. El rey Dawud huyó y los mamelucos entraron en la ciudad y destruyeron la iglesia que Dawud había construido en Dongola en memorial de su victoria en Aidhab. Los mamelucos entronizaron a Shekanda. Éste tuvo que aceptar, bajo juramento, una serie de condiciones, que significaban la pérdida de la independencia de Nubia. He aquí algunas de ellas:

“¡En nombre de Allah!...

1. *Tomo la decisión firme desde este momento de dedicar mi persona al Sultán Al Malik az Zahir Rukneddin Baybars...*
2. *No suspenderé el pago de lo que se me imponga como impuesto cada año, es decir, dividir el reino en dos partes; una de ellas pertenece al Señor Sultán...la otra para los gastos del reino...*

Lo más grave de todo fue que se obligaba a los nubios a pagar la *yizya*, una tasa anual de capitación por el valor de un dinar. Se les dejaba escoger entre abrazar el islam, pagar el impuesto o exponerse a la muerte. Esto hizo que muchos nubios escogieran convertirse al islam, para evitar esta carga financiera.

El rey Shekanda no duró en el trono mucho tiempo. Fue asesinado al cabo de un año por un miembro de la secta de los Hashashin (asesinos), que Baybars había puesto para vigilarle. Baybars murió también poco después. Le sucedió el sultán Qalawun (1279-90).

Yusuf Fadi, escritor sudanés, dice en su libro “The Arabs in the Sudan”, que “la invasión de los mamelucos fue un mazazo para la existencia de la Nubia cristiana, cuyo final era cuestión de tiempo. La barrera que había obstruido durante mucho tiempo la penetración árabe en Nubia, estaba fuertemente erosionada”.

Esta observación es cierta, sin duda. Sin embargo, la injerencia de los poderes egipcios en la política de los soberanos nubios no supuso la desaparición del cristianismo en Nubia. Éste se mantuvo vivo durante mucho tiempo en el pueblo sencillo. El último soberano cristiano a sentarse en el trono de Dongola se llamaba Kudanbes.

La entrada en escena de una dinastía árabe, los Kanz, fue consecuencia de la influencia creciente de los musulmanes en el Oriente próximo. Esto condujo a la anarquía y a luchas y rivalidades de clanes para obtener el poder. Egipto fue desapareciendo de la escena política y los cristianos, cada vez más cortados de sus lazos con los cristianos de otras regiones, a la vez que desaparecía la presencia de los monjes y del clero, condujeron al desconocimiento del credo y de los valores cristianos, a lo que se unía una islamización creciente del país. Ibn Batuta, que visitó Aydhba, en tres ocasiones durante la dinastía de los Kanz, dice que en aquella localidad había una mezquita, Y aunque no visitó Dongola, dice de ella que su soberano era musulmán, pero sus súbditos cristianos.

La situación caótica que se vivió en Nubia a lo largo del siglo XIV, ocasionada por la invasión de algunas tribus nómadas en tierras nubias y su posterior fusión étnica con los nubios, no es mencionada por los historiadores árabes. El único que lo menciona es Ibn Khaldun, que dice así:

“Los clanes árabes de los Yuhaina se extendieron en el país, lo ocuparon e hicieron de él un lugar de rapiña y de desorden. Al principio, los reyes nubios trataron de mantenerlos a raya, pero no lo

consiguieron; entonces trataron de obtener sus favores, dándoles a sus hijas en matrimonio. El resultado es que los reinos nubios saltaron en pedazos. El poder pasó a algunos hijos de los yuhaina a través de sus madres, de acuerdo con las costumbres nubias que establece que la herencia pase a las hermanas o a sus hijos. De esta manera, el reino se desintegró y los nómadas árabes se hicieron dueños de él. Pero su gobierno no tenía nada que ver con la forma de gobernar de los nubios, por la falta de disciplina de las tribus nómadas. Por consiguiente, los nubios se dividieron en infinidad de partidos, cosa que es lo habitual en nuestros días. No hay trazas de autoridad en aquellas tierras. Los nubios se han convertido en nómadas en busca de pastos y lluvias. No hay ni rastro de autoridad monárquica.”

El sultán Selim de Turquía puso fin a la dinastía de los mamelucos en Egipto en el año 1517. Aquí termina, por el momento, nuestra historia.

CONCLUSIÓN

Al término de este trabajo, constato que, en realidad, he tratado sobre dos historias, la del cristianismo y la del islam en Nubia. Es normal. Las dos están interconectadas. El declive de la influencia cristiana supuso el aumento del poder musulmán. Las razones de este fenómeno son numerosas. Probablemente ninguna de ellas tuvo un carácter determinante, pero todas influyeron de alguna manera en el proceso que llevó a la desaparición del cristianismo en Nubia.

A mi modo de ver, uno de los elementos que, a la larga, más influyó en el proceso, fue la política fiscal que, los diferentes poderes establecidos en Egipto mantuvieron sobre los nubios: primero el “baqt”, parecido a un pacto amigable o alianza mutua que se convirtió poco a poco primero, en una carga unilateral sin contrapartidas por parte de los soberanos musulmanes y luego, la “yizya” que, durante la época de los mamelucos, se convirtió en la norma para los pueblos sometidos al islam.

Otro de los factores de la desaparición progresiva del cristianismo en Sudán fue sin duda una opción política errónea: el apoyo incondicional de los nubios a los fatimíes. A ello se añade la situación de inseguridad de los años 1275 y 1320, consecuencia de las incesantes guerras entre nubios y mamelucos, con el resultado que ya sabemos. A ello contribuyeron las disputas por el poder en el mismo palacio, y las injerencias cada vez mayores de los soberanos egipcios en los problemas del país. La sospecha de que la iglesia y los soberanos nubios mantenían relaciones políticas con el exterior se acrecentó de manera especial durante las cruzadas. Ello impulsó a los soberanos ayubíes y mamelucos a un mayor control de dichas relaciones, impidiendo el acceso de los cristianos al Mediterráneo, con la consecuencia de una disminución considerable del clero.

Ibn Jaldún atribuye el declinar definitivo de Nubia a las invasiones de algunas tribus beduinas en territorios nubios. Los beduinos, incapaces de someterse a las leyes y costumbres del lugar, crearon el caos en todo el país. Los soberanos nubios no se dieron cuenta de las consecuencias que podían tener las alianzas matrimoniales con los beduinos árabes. El derecho tradicional de los nubios es matrilineal; el de los árabes es patriarcal. El resultado fue fatal para los primeros, cuyas hijas perdían poco a poco sus derechos en favor de los varones.

A las razones de tipo externo, que explican el avance progresivo del islam, se añaden, sin lugar a dudas, otras de tipo interno al cristianismo de aquel lugar y época. El clero era extranjero, la liturgia se hacía en una lengua diferente a la de los nativos del lugar. Bastaba cortar el cordón umbilical que los unía con el extranjero. Eso mismo ocurrió en África del Norte. El cristianismo floreciente de los primeros siglos desapareció como por encanto. No estaba enraizado

suficientemente en el pueblo. Sin embargo, existe un ejemplo contrario de supervivencia cultural y religiosa: el representado por los coptos de Egipto, los cristianos copto-ortodoxos de Etiopía, y los cristianos de Medio Oriente, que mantienen, a pesar de muchas trabas, su fidelidad al cristianismo.

Agustín Arteche Gorostegui

www.africafundacion.org



conecta con África



conecta con África



conecta con África



informaci[ÓN]
ilusi[ÓN]
difusi[ÓN]
concienci[ÓN]
pasi[ÓN] [ON]



conecta con África



conecta con África



conecta con África